

La vuelta de Cristo

Cristo obra un nuevo estado en el mundo; vuelve a instaurar el reinado de Dios; pero no da al mundo su figura definitiva. Es verdad que cumplió la misión que el Padre le confió, pero su obra no está todavía acabada. Volverá a terminar lo que empezó. La fe de los cristianos en su Señor celestial implica la esperanza en su segunda venida.

APARTADO 1.º

DOCTRINA DE LA IGLESIA

Es dogma de fe que Cristo volverá triunfante a juzgar a los vivos y a los muertos. La Iglesia confiesa este hecho en los símbolos de la fe (Símbolo apostólico, Niceno-Constantinopolitano, Atanasiano; D. 6; 40; 54; 86; 287) y en el IV Concilio de Letrán (D. 429). En su liturgia celebra la segunda venida del Señor (cfr. §§ 254 y 261). Así conserva a través de los tiempos la esperanza con que los discípulos se despidieron de Cristo. Vive como en comunidad de los que “aman la vuelta de Nuestro Señor Jesucristo” (*II Tim. 4,*

8). En el Símbolo Apostólico reza: "Volverá desde allí a juzgar vivos y muertos." El Símbolo Niceno-Constantinopolitano añade: "Triunfante."

Todo lo que hace la Iglesia está sellado por este hecho. Ello vale, en efecto, de su predicación y de su administración de los sacramentos. La predicación tiene carácter escatológico. Por importante que ello sea, no vamos a hacer más que aludirlo (M. Schmaus, *Das Eschatologische im Christentum*, en *Aus der Theologie der Zeit*, editado por G. Söhngen, Regensburg, 1948). Lo mismo vale de los votos de las órdenes religiosas y del celibato sacerdotal. Estas formas de vida alcanzan en último término su sentido y su valor desde el punto de vista escatológico. Son anteproyectos del cielo nuevo y de la tierra nueva (cfr. J. Auer, *Das Eschatologische, eine christliche Grundbefindlichkeit*, en *Festschrift der Phil-Theol. Hochschule Freising für Michael Kardinal Faulhaber*, München, 1949. J. Daniélou, *Vom Geheimnis der Geschichte*, trad. por Henrici S. J., Stuttgart, 1955).

APARTADO 2.º

LITURGIA DE LA IGLESIA

Si todo el pueblo de Dios está orientado en toda su vida hacia la futura llegada del Señor, lo hará con especial intensidad allí donde se concentra su vida: en los sacramentos. En ellos se hace presente el pasado. A la vez son, sin embargo, signos del futuro: la Iglesia realiza los sacramentos, sobre todo la Eucaristía, mirando hacia el Señor que va a venir. Tomás de Aquino (*STh.* III, q. 60, a. 3) dice de los sacramentos: "Sacramento significa propiamente lo que está ordenado para designar nuestra santificación. En él pueden considerarse tres cosas: la causa de nuestra curación misma, a saber, la Pasión de Cristo; la esencia de nuestra santificación, que consiste en la gracia y en las virtudes, y el último fin de nuestra santificación, la vida eterna. Todas estas cosas son significadas por los sacramentos. Por eso el sacramento es tanto un signo memorativo de lo que ha precedido, a saber, de la Pasión de Cristo, como un signo de lo obrado en nosotros por la Pasión de Cristo, la gracia, como un signo previsor, un presagio de la gloria futura." Los sacramentos hacen participar al sujeto en la muerte y resu-

rección de Cristo. Dan un golpe de muerte al viejo Adán y hacen nacer al hombre nuevo, al cristiano. Sacan a quien los recibe de las formas perecederas de existencia de este mundo (*Gal.* 3, 8) y le hacen partícipe del modo celestial de existencia de Cristo (*Eph.* 2, 6), de forma que su nombre es puesto en las listas de ciudadanos del cielo (*Phil.* 3, 20). Pero todos éstos son sucesos ocultos; esperan, sin embargo, su revelación. Este estado manifiesto hará que desaparezcan las viejas formas perecederas de existencia y se manifieste en forma perfecta la gloria regalada germinalmente en el Bautismo. Hasta esa hora el cristiano vive en un estado intermedio. El estado intermedio termina cuando Cristo vuelve. Los sacramentos son signos y presagios del estado que comenzará con la vuelta de Cristo. Son garantes de ese futuro. El futuro penetra incluso en el mundo perecedero por medio de los sacramentos, porque en ellos está ya presente de modo oculto la gloria futura. Santo Tomás de Aquino dice sobre ello lo siguiente (*STh.* III, q. 61, a. 4 ad 1): “Dionisio dice que el estado de la nueva ley mantiene el centro entre la ley antigua, cuyos modelos son cumplidos en la nueva, y el estado de la glorificación en el que algún día se revelarán perfectamente y sin velos todas las verdades. Entonces ya no habrá sacramentos. Pero ahora, mientras conocemos en espejo y en enigma (*I Cor.* 13, 12), es necesario que lleguemos a lo espiritual por medio de signos sensibles, y esto pertenece al concepto de sacramento.”

Como ejemplo de la fuerza del signo sacramental que abarca a la vez el futuro y el pasado vamos a citar el sacramento de la penitencia. En él se realiza el juicio que el Padre hizo en la muerte de Cristo sobre la humanidad caída en pecado y, por tanto, merecedora de la muerte. En la acción soberana (Kl. Mörsdorf) en que la Iglesia, el obispo o el sacerdote autorizado por él expulsa al pecador de la comunidad de vida y, sobre todo, de la comunidad eucarística (antiguamente se hacía realmente, y actualmente, por regla general, sólo simbólicamente) y vuelve a admitir a los arrepentidos volviéndolos a llamar a la comunidad con Dios, resuena eficazmente la palabra soberana de Dios santo y misericordioso, con la que envió a Cristo a la muerte y a través de la resurrección de entre los muertos le hizo partícipe de la vida imperecedera de gloria. Pero a la vez en el sacramento de la penitencia es anticipado el juicio futuro del pecador. Si no es anticipado se convertirá en un juicio de condenación para la segunda muerte. Pero si es anticipado en el sacramento de la penitencia, porque el pecador pide que se le

juzgue ahora, el juicio futuro no será grave para él. El sacramento de la penitencia está, por tanto, en el punto de intersección del pasado y del futuro. Ambos se encuentran en el aquí y en el ahora en que un hombre pecador y arrepentido hace que se realice sobre él este signo.

El futuro eón introducido por la vuelta del Señor penetra con máxima fuerza en nuestro mundo por medio de la Eucaristía. Esto puede verse en primer lugar por el sentido mismo de la Eucaristía en general. Si la Eucaristía es la actualización de la muerte de Cruz, cumple el mismo sentido que cumplió tal muerte. La muerte en Cruz de Cristo fué la culminación de su obra terrena. Como toda su vida estuvo al servicio de la instauración del reino de Dios, la muerte fué su máxima realización posible dentro de la historia humana. La Eucaristía está, por tanto, al servicio de la realización del reino de Dios. Está a su servicio del modo que corresponde al sacramento, en signos, es decir, todavía no en forma perfecta. Pero la instauración en signos del reino de Dios está ordenada a la manifestación perfecta y sin signos del reino de Dios.

Si consideramos la celebración de la Eucaristía en sus detalles, veremos lo siguiente: la Eucaristía es por una parte la memoria de la obra salvadora de Cristo, actualizada en ella de algún modo, sea óntica, sea dinámicamente. La celebración de la memoria de la Pasión del Señor introduce a quien la hace con nueva fuerza en la muerte y en la gloria, en el amor y en la obediencia de Cristo y lo une a El. La intimidad en la participación en la muerte y vida de Cristo alcanza su intensidad suma cuando los participantes en la celebración de la Eucaristía reciben la comunión. La Eucaristía apunta, por tanto, retrospectivamente hacia el pasado y crea la unión con la obra salvadora de Cristo que está en el pasado. Llena el presente con la salvación hecha en el pasado. Por otra parte, apunta por encima del presente hacia el futuro. San Pablo expresa este hecho cuando escribe a los Corintios: "Pues cuantas veces comáis este pan y bebáis este cáliz, anunciáis la muerte del Señor hasta que El venga" (*I Cor.* 11, 26). La proclamación objetiva y la representación objetiva de la muerte del Señor ocurridas en la celebración del banquete eucarístico, tendrán lugar hasta que el Señor mismo vuelva con gran poder y gloria para juzgar a los vivos y a los muertos. Entonces terminará la proclamación de su muerte, que ahora se hace en la Eucaristía. No sabemos cuándo será. Pero los que celebran la Eucaristía saben que el día del Señor llegará. Cuan-
tas veces celebran la memoria del Señor, miran hacia ese día. Se

consagran a El. Saben que la celebración de la Eucaristía pasará con la figura caduca de este mundo (*I Cor.* 7, 31). La esperanza en el futuro es, por tanto, recogida en la celebración de la Eucaristía. Cada celebración eucarística está en la esfera de influencia del futuro. En la celebración eucarística cumple la Iglesia su fe en la muerte y en la vuelta de Cristo. No sólo se predice estos acontecimientos a sí misma, sino que se consagra a ellos de forma que es conformada y configurada por ellos. La Iglesia de Cristo que celebra la Eucaristía siente, por tanto, el mundo no como realidad evidente de duración y solidez absolutas, sino como continuo don de Dios, que a consecuencia del pecado ha sido entregado a la caducidad. La fe de la Iglesia en el futuro se representa en el signo y en la palabra de la celebración eucarística. En el pan y vino transustanciados penetra la futura figura del mundo en su forma actual de existencia. Pues en esta transustanciación el Cuerpo y la Sangre de Cristo se actualizan en un modo de ser espiritualizado (pneumático) (*I Cor.* 10, 4). La nueva creación es anticipada de algún modo donde se celebra la Eucaristía (*II Cor.* 5, 17).

El introito de la misa es un símbolo de la entrada de Cristo en el mundo, de su primera y segunda llegada. En la Epístola, y con más claridad todavía en el Evangelio, ocurre continuamente la oculta llegada de Cristo en la palabra, hasta que aparezca de forma patente y revelada.

En el Amén se eleva la mirada hacia el Señor que ha de venir. El Amén es un grito de asentimiento. Cristo mismo se llama "Amén" en cuanto que es la confirmación y el cumplimiento de las promesas divinas (*II Cor.* 1, 20). Por medio de El, la Cabeza, pronuncia la Iglesia su Amén, su asentimiento a las promesas del Padre. Su Amén es una participación en el Amén que es el Señor mismo, en el asentimiento que El presta al Padre. El cumplimiento último y definitivo de todas las promesas divinas todavía no ha llegado. Cristo, que trajo el antecumplimiento, traerá el cumplimiento definitivo al final de los tiempos. Entonces se revelará de modo definitivo que El es el Amén mismo. El Amén pronunciado por la Iglesia mientras dura su peregrinación es, por tanto, una anticipación del último Amén del final de la historia. Este resuena anticipado en cada Amén de la Iglesia histórica. Lo mismo puede decirse del grito jubiloso del Aleluya.

También el Kirye tiene significación escatológica. Es un "viva" al Señor. Hubo muchos vivas. Los cristianos rindieron homenaje al verdadero Señor y guía de la historia. Lo vitorearon cuantas veces

apareció entre ellos. En la celebración eucarística ocurre esto en signo visible (pan y vino) y en palabra perceptible (epístola y evangelio). Como esta entrada de Cristo en su comunidad es una anticipación de la entrada de Cristo en el mundo, también el grito de victoria de la celebración eucarística es una anticipación del grito de victoria que se tributará al Señor cuando haga su última entrada en la publicidad del mundo. Todo grito de victoria en la Eucaristía está ordenado a ese último grito de victoria. Lo mismo puede decirse del Sanctus y del Benedictus. En el Sanctus, la comunidad celebrante participa del Sanctus de los ángeles. Mientras dura la peregrinación terrena sólo puede oírlo y pronunciarlo en la fe. Pero cuando desaparezcan las formas terrenas podrán cantarlo en participación inmediata. Con el canto de alabanza: "Hosanna! ¡Bendito sea el que viene en nombre del Señor! Bendito el reino futuro de nuestro padre David. Hosanna en las alturas" saludaron a Cristo las turbas cuando entró en Jerusalén como Mesías antes de su pasión. Es un signo del canto de alabanza con que será saludado por su pueblo cuando entre en el mundo transformado (*Mc.* 11, 9; *Cfr. Mt.* 21, 9; *Lc.* 19, 38; *Io.* 12, 13). La oración del final del canon por la bendición y vivificación de todas las cosas es también una oración escatológica. Pues la consagración y vivificación definitiva del cosmos ocurrirán cuando Dios emprenda la transformación del mundo, cuyos fundamentos fueron puestos por la resurrección de Cristo.

Como toda celebración eucarística está al servicio de la consolidación y profundización del reino de Dios hasta que éste aparezca algún día en su forma perfecta, es conveniente que en la misa se rece por la definitiva instauración del reino de Dios (*Pater Noster*). Sólo Dios Padre puede crearlo. Por eso hay que rezar y pedirselo. Lo creará porque es el Padre. Hay que pedirle, por tanto, confiadamente, la gracia de su reino. También son escatológicas las postcomuniones. Casi todas contienen la petición de que lo empezado en la celebración eucarística sea llevado a cabo felizmente por Dios.

Cuán viva era la fe en la vuelta del Señor en la celebración de la Eucaristía nos lo indica una oración de la *Doctrina de los doce Apóstoles* de principios del siglo II. Entonces se rezaba en la celebración eucarística: "Pase la figura de este mundo, venga la gracia" (10, 8).

En la liturgia oriental se piensa con frecuencia no sólo en la pasión, resurrección y ascensión, sino también en la vuelta del Señor.

En la liturgia de las constituciones apostólicas (VIII, 12) dice la

anámnesis: “Al conmemorar la memoria de su pasión y muerte, de su resurrección y ascensión y de su segunda venida, en la que llega con gloria y poder para juzgar a los vivos y a los muertos y dar a cada uno según sus obras, te agradecemos, rey y Dios, este pan y este cáliz según tu disposición. Te damos gracias por El de que te hayas dignado dejarnos estar en tu presencia y prestar los servicios sacerdotales, y te rogamos que mires complaciente a los dones que están ante ti, Dios Todopoderoso, y los aceptes benévolamente para honor de tu Cristo.” (Traduc. de Th. Schermann, en *BKV*, 50.)

En la liturgia de Santiago dice el texto de la anámnesis (traducción de Schermann, 106): “Celebramos por tanto la memoria de su pasión vivificadora, de su salvadora Cruz, de su muerte y de su entierro, de su resurrección de entre los muertos después de tres días, de su ascensión, de su estar sentado a la diestra del Padre, de su segunda vuelta gloriosa y terrible, cuando llegue con gloria a juzgar a los vivos y a los muertos y a dar a cada uno según sus obras.” En la llamada liturgia egipcia, cuyo autor es con seguridad Hipólito de Roma, no aparece la mención de la vuelta de Cristo. El texto en cuestión dice: “Celebramos por tanto la memoria de su muerte y de su resurrección y te ofrecemos el pan y el cáliz, agradeciéndote que nos creas dignos de estar en Ti y servirte. Además, te rogamos que envíes tu Espíritu Santo sobre el sacrificio de la Santa Iglesia.” (Trad. de Schermann, 129.)

La liturgia de San Marcos dice lo siguiente (Schermann, 180): “Al anunciar, Señor, Dios omnipotente, Rey celestial la muerte de tu Unigénito Hijo, Nuestro Señor, Dios y Salvador Jesucristo, y al confesar su resurrección de entre los muertos después de tres días, confesamos también su ascensión, su estar sentado a la diestra de Dios Padre, y esperamos su segunda venida angustiosa y terrible, cuando venga a juzgar con justicia a los vivos y a los muertos y a dar a cada uno según sus obras.”

La liturgia de San Juan Crisóstomo reza (Schermann, 247): “Al conmemorar, por tanto, el salvador mandato y todo lo que ocurrió por nosotros, la cruz, el entierro, la resurrección después de tres días, la ascensión, el estar sentado a la diestra del Padre y la segunda venida gloriosa, te ofrecemos lo tuyo de lo tuyo en todo y por todo.”

En la liturgia de San Basilio se dice también (Schermann, 272): “Al celebrar por tanto, Señor, la memoria de tu pasión salvadora, de tu Cruz vivificadora, del reposo en el sepulcro durante tres días,

de la resurrección de entre los muertos, de la ascensión, de tu estar sentado a la diestra de Dios Padre y de tu gloriosa y terrible vuelta, te ofrecemos lo tuyo de lo tuyo en todo y por todo." Parecidos son los textos de la liturgia ambrosiana y mozárabe.

Según la liturgia céltica (*Missale Stowe*) dice Cristo: "Haced esto, cuantas veces lo hagáis en memoria mía. Anunciaréis mi Pasión y atestiguaréis mi Resurrección. Esperaréis mi vuelta hasta que llegue otra vez a vosotros desde el cielo."

La liturgia romana no conoce la mención de la vuelta de Cristo. Pero ya hemos visto varias veces hasta que punto está dominada en realidad por la fe en ella al celebrar la eucaristía. Una indicación formal de ella nos es ofrecida en la antífona del Corpus: "Oh sagrado convite, en el que es comido Cristo, celebrada la memoria de su pasión, lleno el espíritu de gracia y dada la prenda de la gloria futura." La celebración memorativa de la pasada obra salvadora no es un recuerdo vacío, sino lleno de realidad. Tampoco la memoria de la vuelta de Cristo es un recuerdo vacío, sino que está llena del futuro. El futuro penetra de algún modo en la celebración. Los celebrantes están de algún modo en el ámbito de su influencia. Son configurados por El.

Poco se puede deducir de los textos litúrgicos sobre el modo en que el futuro está ya presente. Se trata, sin duda, de algo más que de una actualización psicológica, pero de menos que de una actualización ontológica del futuro acontecimiento de la vuelta de Cristo. Parece lo más correcto decir que está presente la *dynamis*, la energía de la vuelta de Cristo, que la vuelta de Cristo proyecta anticipadamente su luz. Por tanto, la intensidad con que el futuro está presente es menor que la de la presencia del pasado.

Sin embargo—y esto es el resultado de nuestras reflexiones—, en la celebración de la Eucaristía el acento recae sobre el futuro. El futuro es más importante que el pasado, lo mismo que la plenitud es más importante que el comienzo. El comienzo existe por la plenitud. La primera venida de Cristo es el comienzo de un estado del mundo que llegará a plenitud en su segunda venida. En su primera venida dió en cierto modo la garantía de que la figura mortal del mundo no durará para siempre, sino que cederá ante la figura de gloria. La celebración de la Eucaristía está, por tanto, en el punto de intersección del futuro y del pasado. Pero quien la celebra contempla con más atención y esperanza el futuro que el pasado. La capacidad de tal esperanza se la debe a los acontecimientos salvadores del pasado.

Como la mirada de los celebrantes se dirige al futuro, celebran la memoria de la muerte con alegría. Se expresa en el signo del pan, símbolo de la fuerza vital; en el vino, signo de la confianza en la vida y de la comunidad; en el canto, en la música, en las campanas, en el ambiente festivo. El sentido de la celebración eucarística alcanzará su plenitud última cuando aquellos que han celebrado la muerte en ella entren en la gloria perfecta y revelada. Esa hora actúa misteriosamente en toda celebración eucarística. Su dynamis está siempre presente hasta que se cumpla la entrega de Cristo y de su pueblo al Padre, continuamente ocurrida en la Eucaristía, en el acto eterno del ofrecimiento de la creación al Padre por medio de Cristo, ofrecimiento hacia el que está de camino el mundo desde el primer momento de su existencia a través de milenios y millones de años (*I Cor.* 15, 28).

La acción eucarística es, por tanto, celebración de un suceso pasado y de un suceso futuro, que ya se nos ha dado, aunque germinalmente y oculto entre velos: verdadero misterio de la fe, resumen de la esperanza cristiana. Es por tanto la acción cultural de la Iglesia en la que se expresa con más claridad el modo de existencia propia de la Iglesia actualmente; auténtica realidad en este tiempo escatológicamente último entre la glorificación y la vuelta de Cristo, en continua vigilancia y perseverancia hasta que el Señor vuelva. Sobre la cuestión de la importancia dogmática de los textos litúrgicos, véase Pío XII, encíclica *Mediator Dei*.

APARTADO 3.º

IMPORTANCIA DE LA REVELACION DE LA VUELTA DE CRISTO

La vuelta de Cristo no es un hecho entre muchos, sino que es el acontecimiento futuro que lo traspasa y domina todo. Cuando Cristo se elevó a los cielos desde el monte de los Olivos, los discípulos que le contemplaban oyeron el mensaje: "Ese Jesús que ha sido llevado de entre vosotros al cielo vendrá así como le habéis visto ir al cielo" (*Act.* 1, 11).

Esperando la vuelta del Señor volvieron los discípulos a casa desde el monte de los Olivos; en medio del éon de la muerte, en medio de la desesperación y desaliento, concibieron la esperanza

(Rom. 4, 18). Su esperanza de que Cristo restaurara la antigua gloria del reino antes de marcharse y de que les concediera los primeros puestos con tanta pasión codiciados, fué desenmascarada y rechazada como malentendido pocas horas antes de la despedida. Sin embargo, su fe no se apagó. De boca del ángel, testimonio y garantía de aquel mundo, hasta hacía poco tan incomprensible para ellos y al que Cristo había vuelto, recibieron el consuelo de que la despedida no era definitiva, de que el que se apartaba volvería otra vez para llenar el mundo de su luz y gloria.

Tal mensaje no era del todo nuevo para los discípulos. Varias veces había aludido Cristo a la hora de su vuelta para libertar a los suyos de la violencia del presente. Los discípulos oyeron escandalizados la verdad de que Cristo tenía que andar el camino de la muerte. También les profetizó a ellos el mismo destino. Pero el camino de la muerte se manifestaría como camino de vida para El y para ellos. Por un momento pudo parecer que las cosas eran de otro modo, pero al final verían claro que sólo se salva quien participa en el destino de Cristo. Porque el Hijo del Hombre aparecerá rodeado de ángeles en la gloria de su Padre y entonces recompensará a cada uno según sus obras (Mt. 16, 27; cfr. 10, 23; 25, 31). En su segunda venida determinará para siempre los destinos de los hombres. Con una conciencia que llena de tensión el presente y el futuro Jesús afirma de sí mismo que es quien dirá la última palabra sobre los hombres: "El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame. Pues quien quiera salvar su vida, la perderá, y quien pierda la vida por mí y el Evangelio, ése la salvará. ¿Y qué aprovecha al hombre ganar todo el mundo y perder su alma? ¿Pues qué dará el hombre a cambio de su alma? Porque si alguien se avergonzare de mí y de mis palabras ante esta generación adúltera y pecadora, también el Hijo del Hombre se avergonzará de él cuando venga en la gloria de su Padre con los santos ángeles" (Mc. 8, 34-38; Lc. 9, 23-26).

La esperanza en la vuelta del Señor da a los discípulos fuerza para resistir las tribulaciones que sufren por su fe. Los que sólo creen en el mundo de la experiencia se sienten intranquilos ante el testimonio del mundo del más allá y pretenden librarse a toda costa de los testigos con astucia y violencia. Su odio no conoce límites: tiende a la aniquilación. La venida de Cristo infundirá pavor desmedido al odiador (Mt. 26, 64). Mientras existen las formas de este mundo, se le ha dado poder sobre el Hijo del Hombre, que en su modo histórico de existencia es desvalido y débil.

Pero en aquella hora futura se demostrará que es el poderoso, el Señor de la historia y del cosmos. Cuando vuelva, llamará a juicio a los que le condenaron a muerte por afirmar que era el Mesías. El Sumo Sacerdote preguntó al entregado y maniatado: “¿Eres tú el Mesías, el Hijo del Bendito?” Jesús dijo: “Yo soy, y veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del poder y venir sobre las nubes del cielo” (Mc. 14, 61).

Al volver Cristo ocurrirá una catástrofe en el cosmos (Mc. 13, 24-27; cfr. Lc. 21, 25-28; Mt. 24, 29-31).

APARTADO 4.º

CARACTER PUBLICO DE LA VUELTA DE CRISTO

La vuelta de Cristo ocurrirá *a la vista de todo el mundo*. Será distinta de la primera. También la primera venida fué pública, pero sólo unos pocos testigos predestinados por Dios se dieron cuenta de ella y la vieron. La vida de Cristo se limitó en general al estrecho círculo de su pueblo. Su muerte ocurrió fuera, ante las puertas y los ojos de todos, después del juicio judío y del imperio pagano. Pero también esa publicidad fué limitada. El testimonio que darán los suyos en el intervalo que va desde su Ascensión hasta su vuelta llevará su nombre hasta los confines de la tierra, pero es un testimonio de palabra y en símbolos; sin embargo, su vuelta ocurrirá a la vista de toda la creación, sin ocultamientos ni velos, en el esplendor de su gloria (Mt. 24, 27).

Acompañado de su séquito celestial entrará en el mundo preparado por su vida y muerte y por el testimonio de los creyentes. Volverá como rey suyo. En la Escritura, su venida es designada con la palabra *parusia*, que era una expresión técnica aplicada a una visita política y se encuentra, por ejemplo, en Mt. 24, 3. 27; I Cor. 15, 23; I Thess. 2, 19; 3, 13; 4, 15; 5, 23; II Thess. 2, 18-19; Sant. 5, 7-8; II Pet. 1, 16; 3, 7-12; I Io. 2, 18. *Parusia* significa en la terminología cortesana romano-helenística la entrada solemne de un emperador en una ciudad o provincia; es saludado como dios o salvador; el día de la entrada puede ser tenido por día santo y a menudo es el punto de partida para un nuevo cómputo del tiempo.

En las Epístolas pastorales encontramos la palabra *epifanía* en

lugar de parusía (*II Thess.* 2, 8; *I Tim.* 6, 14; *II Tim.* 6, 14; *II Tim.* 1, 10; 4, 1. 8; *Tit.* 2, 13). La palabra *epifanía* es un importante concepto cultural en la antigüedad y también en la cultura mediterránea prehelénica. Muchos mitos y sagas demuestran su gran antigüedad. En el NT la expresión está limitada al “corpus paulinum”. Fue introducida por San Pablo como testimonio escatológico para designar la segunda venida de Cristo. San Pablo eligió esta palabra, probablemente, para sustituir la descolorida expresión parusía por otra más significativa. Pero no se impuso este término. En la época postbíblica se usa primero aplicándola a la primera venida de Cristo y después aplicándola también a su vuelta.

APARTADO 5.º

EXPLICACION TEOLOGICA DE LA VUELTA DE CRISTO

La revelación de la segunda venida de Cristo ofrece grandes dificultades a la comprensión teológica. Es un gran misterio. Perteneció al misterio que San Pablo describe diciendo que Cristo se hizo pneuma (*I Cor.* 3, 17). Cristo glorificado asumió en la Resurrección un modo de existencia que se distingue de tal modo de toda existencia empírica, que no podemos comprenderlo con las categorías adaptadas a nuestra experiencia (vol. III, § 158). La segunda venida de Cristo representa un acontecimiento esencialmente distinto de la primera. En la primera, el Hijo Eterno de Dios puso en relación tan intensa consigo una naturaleza humana concreta, que se la apropió. Con ello no se trasladó de sitio, por supuesto. La naturaleza humana apropiada por El sufrió en la Resurrección una misteriosa transformación. No tuvo como consecuencia el final de la corporalidad, pero sí un tipo distinto y desconocido para nosotros de lo corporal. También el Resucitado sigue de algún modo y misteriosamente vinculado al espacio, porque no es ni omnipresente ni multiloco, pero no existe según el modo de nuestro espacio empírico. Su modo de existencia no puede por tanto ser descrito adecuadamente con las categorías espaciales de nosotros conocidas. Debido a la diversidad del cuerpo glorificado de Cristo respecto a nuestro espacio empírico puede la primera existir simultáneamente con éste, sin que la espacialidad del cuerpo glorificado de Cristo excluya la

de las cosas empíricas. Según eso, la venida de Cristo tampoco se puede explicar con las categorías del movimiento espacial. No consiste en que salga de un lugar celestial y baje a la tierra. No significa la superación de una distancia. No se la puede interpretar como un dejar de estar en un sitio y empezar a estar en otro.

Su segunda venida tampoco puede ser interpretada, al modo de la primera, como la asunción de una nueva relación del logos eterno con la creación, porque ésta fué creada para siempre al encarnarse. Sin embargo, puede ser entendida como una nueva actualización de esta relación que jamás terminará. Con ello el logos encarnado y que existe con un cuerpo glorificado adquiere una nueva relación con la creación. Tal relación consiste en que se manifiesta de forma que puede ser percibido por todos inmediatamente (*Mc.* 13). La vuelta de Cristo representa, por tanto, la autorrevelación última y definitiva del Señor resucitado.

Cómo deba ser explicada tal autorrevelación de Cristo glorificado, escapa a nuestros conceptos. Estamos aquí ante un misterio. Se podría pensar que el Señor resucitado asume en su parusía una figura semejante a la que tuvo en las apariciones hechas a los apóstoles después de la Resurrección, o también a la aparición concedida al apóstol San Pablo. Sin embargo, tal intento de explicación fracasa porque choca con dos hechos: primero, porque Cristo no sería visto así inmediatamente, sino sólo en una figura asumida por El y, por tanto, encubridora de su verdadera figura, y después, porque la mayoría de los hombres, cuando vuelva Cristo, no tendrán, como tenían los apóstoles después de la Resurrección, el modo de percepción perteneciente a la vida terrena.

En todo caso, la autorrevelación del Señor en su segunda venida exige también cambio en los hombres que la perciben y entienden como autorrevelación del Hijo del Hombre glorificado. Tenemos que suponer que les sea concedida una fuerza de percepción ordenada y adaptada al cuerpo glorificado del Señor. La autorrevelación de Cristo implica por tanto un acontecer por parte del que se revela y otro por parte de los que perciben y contemplan la revelación. Representa un encuentro que el Señor regala por libre iniciativa, pero que a la vez afecta a la actividad propia del hombre, aunque causada por Cristo con eficacia infalible.

Hay que hacer también una distinción entre los buenos y los malos. Pudiera ser que los buenos recibieran una energía perceptiva que les pusiera en estado de ver inmediatamente al Señor glorificado

y que los malos lo vieran por el hecho de que de El reciben el golpe de su juicio. Sin verlo lo sentirían de forma que tendrían que experimentar su poder condenador sin poder sustraerse a él.

APARTADO 6.º

LA VUELTA COMO VICTORIA

El día de la entrada pública de Cristo en el mundo es un día de alegría y de triunfo. Es "su" día (*I Cor.* 1, 8; 3, 13; 5, 5; *II Cor.* 1, 14; *I Thess.* 5, 2; *II Thess.* 2, 2; *Phil.* 1, 6. 10; 2, 16; *II Tim.* 1, 12; 4, 8), el día de su revelación gloriosa (*II Thess.* 1, 7; 2, 8; *I Tim.* 6, 14; *II Tim.* 4, 1. 8; *Tít.* 2, 13; *I Cor.* 1, 7; *Col.* 3, 4), el día de la salud (*II Cor.* 6, 2), el día de la salvación (*Eph.* 4, 30).

La expresión "día del Señor" tiene una larga historia; originalmente expresó la esperanza de que un día Dios intervendría en la historia para favorecer a su pueblo y que los pueblos enemigos serían aniquilados. *Amós*, que es quien primero usa la expresión (5, 18-20), sale decididamente al paso de esas ideas populares. Es cierto que Dios intervendrá en la historia, pero atribulará a todos los pueblos, no sólo a los paganos, sino a Israel, y aniquilará todo lo no santo. Desde entonces el "día del Señor" es una constante expresión de la anunciación profética de desgracias (*Is.* 2, 6; 14, 21; *Sof.* 1; *Miq.* 2, 4; *Mal.* 3, 19; *Zac.* 14, 1-2). Junto a la imponente descripción de Isaías es Sofonías quien predica más ampliamente el día de Yavé. En los profetas de después del exilio pasan a primer plano los aspectos luminosos. El día de Yavé traerá justicia y destrucción a los paganos y a Jerusalén protección (*Joel* 4; *Zac.* 12, 1-2; 14), purificación (*Mal.* 3, 1-5; 19; *Zac.* 12, 1-2; 13, 1-2) espíritu y toda clase de bendiciones (*Joel* 3; 4, 18; *Zac.* 12, 10; 14, 8).

El concepto "día del Señor" se refiere primeramente a un momento dentro de la historia, pero en *Joel* (3-4), *Zacarías* (12 sigs.) y a veces en otros textos (*Is.* 2, 2; *Ier.* 22, 20; 30, 24; 48, 47; 49, 39; *Ez.* 38, 16; *Os.* 3, 5; *Miq.* 4, 1; *Dan.* 10, 14) se destaca claramente su carácter escatológico. El día de Yavé instaura un nuevo eón, en el que Dios erigirá perfectamente su reinado.

En el NT la expresión viejotestamentaria sufre un cambio de sentido que es muy instructivo. El día del Señor es casi siempre el día de Cristo, el día del Hijo del Hombre (*Lc. 17, 24*).

APARTADO 7.º

ESPERANZA EN LA VUELTA COMO CONSUELO

La esperanza en el día del Señor fué para los discípulos un estímulo para perseverar y tener paciencia. San Pablo escribe a los Corintios: “Así que no escaseéis en don alguno, mientras llega para vosotros la manifestación de Nuestro Señor Jesucristo, que a su vez os confirmará plenamente para que seáis hallados irreprehensibles en el día de Nuestro Señor Jesucristo” (*I Cor. 1, 7-8*). Y unos capítulos más adelante dice: “Pero yo os digo, hermanos, que la carne y la sangre no pueden poseer el reino de Dios, ni la corrupción heredará la incorrupción. Voy a declararos un misterio: No todos dormiremos, pero todos seremos inmutados. En un instante, en un abrir y cerrar de ojos, al último toque de la trompeta—pues tocará la trompeta—, los muertos resucitarán incorruptos, y nosotros seremos inmutados. Porque es preciso que lo corruptible se revista de incorrupción y que este ser mortal se revista de inmortalidad” (*I Cor. 15, 50-53*).

Según este texto, el Señor vendrá de repente. Su venida ocurre en el filo del momento. Sonarán las trompetas. San Pablo oye en la visión que se le concede el instrumento apocalíptico, cuyo excitante sonido se oyó en el Sinaí y prohibió al pueblo acercarse al monte que temblaba, que resonó siete días alrededor de Jericó, hasta que las murallas se quebraron al empuje del poder divino; es el instrumento bajo cuyo signo irrumpen en el mundo los últimos horrores, según el Apocalipsis de San Juan; en él se simboliza, por tanto, el poder irresistible con que Cristo viene al mundo (*cf. I Cor. 3, 13; 4, 5; 5, 5; 15, 23; II Cor. 1, 14*).

A los Tesalonicenses, que se preocupaban por el destino de los muertos, escribe San Pablo: “Esto os decimos como palabra del Señor: que nosotros, los vivos, los que quedamos para la venida del Señor, no nos anticiparemos a los que se durmieron, pues el mismo Señor, a una orden, a la voz del arcángel, al sonido de la trompeta de Dios, descenderá del cielo, y los muertos en Cristo re-

sucitarán primero; después, nosotros, los vivos, los que quedamos, junto con ellos, seremos arrebatados en las nubes, al encuentro del Señor en los aires, y así estaremos siempre con el Señor" (*I Thess.* 4, 15-18).

Sólo del cielo puede venir la salvación definitiva. También los paganos esperan su salvador. Ya hemos dicho que el emperador era saludado como salvador por los ciudadanos cuando entraba en una ciudad. Pero ningún emperador puede dar la salvación de las necesidades más radicales y últimas; el salvador de la muerte y de la angustia ante la muerte no viene de ninguna ciudad terrena, sino de la ciudad celestial. Los paganos y judíos que se atienen a lo visible se burlan de quienes ponen su esperanza en la vuelta de Cristo. Pero los cristianos tienen la certeza de que el que viene del cielo y sólo El dará la salud y la salvación. Cuando suene la hora determinada por El; no se dejan engañar por nada; se saben ya parientes y conciudadanos de los santos y domésticos de Dios (*Eph.* 2, 20). Cristo nos ha precedido en la ciudad celestial (*Act.* 3, 2). Desde allí nos traerá la salvación definitiva. San Pablo advierte a los Filipenses que no deben poner su esperanza en él, sino en otro: "Porque son muchos los que andan, de quienes frecuentemente os dije, y ahora con lágrimas os lo digo, que son enemigos de la cruz de Cristo. El término de éstos será la perdición, su dios es el vientre, y la confusión será la gloria de los que tienen el corazón puesto en las cosas terrenas. Porque somos ciudadanos del cielo, de donde esperamos al Salvador y Señor Jesucristo, que reformará el cuerpo de nuestra vileza conforme a su cuerpo glorioso, en virtud del poder que tiene para someter a sí todas las cosas" (*Phil.* 3, 18-21). Confróntese *Phil.* 1, 6.

A los Tesalonicenses les abre el Apóstol la misma visión del futuro para iluminar su sombrío presente: "Hemos de dar a Dios gracias incesantes por vosotros, hermanos, y es esto muy justo, porque se acrecienta en gran manera vuestra fe y va en progreso vuestra mutua caridad, y nosotros mismos nos gloriamos de vosotros en las iglesias de Dios, por vuestra paciencia y vuestra fe en todas vuestras persecuciones y en las tribulaciones que soportáis. Todo esto es prueba del justo juicio de Dios, para que seáis tenidos por dignos del reino de Dios, por el cual padecéis. Pues es justo a los ojos de Dios retribuir con tribulación a los que os atribulan, y a vosotros, atribulados, con descanso en compañía nuestra, en la manifestación del Señor Jesús, desde el cielo con sus milicias angélicas, tomando venganza en llamas de fuego sobre los que desconocen a Dios y no

obedecen el Evangelio de Nuestro Señor Jesús. Esos serán castigados a eterna ruina, lejos de la faz del Señor y de la gloria de su poder, cuando venga para ser glorificado en sus santos y admirado aquel día en todos los que habéis creído por haber recibido nuestro testimonio. Para eso sin cesar rogamos por vosotros, para que nuestro Dios os haga dignos de su vocación, y con toda eficacia cumpla todo su bondadoso beneplácito, y la obra de vuestra fe, y el nombre de Nuestro Señor Jesús sea glorificado en vosotros y vosotros en El, según la gracia de Dios y del Señor Jesucristo" (*II Thess.* 1, 3-12). Y a su discípulo Timoteo escribe: "Te mando ante Dios, que da vida a todas las cosas, y ante Cristo Jesús, que hizo la buena confesión en presencia de Poncio Pilato, que te conserves sin tacha ni culpa en el mandato hasta la manifestación de Nuestro Señor Jesucristo, a quien hará aparecer a su tiempo el bienaventurado y solo Monarca, Rey de reyes y Señor de los señores, el único inmortal que habita una luz inaccesible, a quien ningún hombre vió ni puede ver, al cual el honor y el imperio eterno" (*I Tim.* 6, 13-15).

Esperando en el futuro, el cristiano es hasta feliz en las tribulaciones: "Porque se ha manifestado la gracia salutífera de Dios a todos los hombres, enseñándonos a negar la impiedad y los deseos del mundo, para que vivamos sobria, justa y piadosamente en este siglo, con la bienaventurada esperanza en la venida gloriosa del gran Dios y Salvador nuestro, Cristo Jesús, que se entregó por nosotros para rescatarnos de toda iniquidad y adquirirse un pueblo propio, celador de obras buenas" (*Tit.* 2, 11-14).

APARTADO 8.º

LA VUELTA Y LA PERSEVERANCIA

Aunque la llegada del Señor se retrase no hay que dudar de ella, sino que se debe tener siempre presente. Santiago escribe: "Tened, pues, paciencia, hermanos, hasta la venida del Señor. Ved cómo el labrador, por la esperanza de los preciosos frutos de la tierra, aguarda con paciencia las lluvias tempranas y las tardías. Aguardad también vosotros con paciencia, fortaleced vuestros corazones, porque la venida del Señor está cercana" (*Sant.* 5, 7-8). San Pedro previene a sus lectores contra las falsas interpretaciones de la tardanza del Señor que dicen que es morosidad en el cumplimiento de sus

promesas, y les advierte que no deben entregarse al engañoso descanso o despreocupación. “Esta es, carísimos, la segunda epístola que os escribo, y en ella he procurado excitar con mis avisos vuestra sana inteligencia, a fin de que traigáis a la memoria las palabras predichas por los santos profetas y el precepto del Señor y Salvador, predicado por vuestros apóstoles. Y ante todo debéis saber cómo en los postreros días vendrán, con sus burlas, escarnecedores, que viven según sus propias concupiscencias, y dicen: “¿Dónde está la promesa de su venida? Porque desde que murieron los padres, todo permanece igual desde el principio de la creación.” Es que voluntariamente quieren ignorar que en otro tiempo hubo cielos y hubo tierra, salida del agua y en el agua asentada por la palabra de Dios; por lo cual el mundo entonces pereció anegado en el agua, mientras que los cielos y la tierra actuales están reservados por la misma palabra para el fuego en el día del juicio y de la perdición de los impíos. Carísimos, no se os caiga de la memoria que delante de Dios un solo día es como mil años, y mil años como un solo día. No retrasa el Señor la promesa, como algunos creen; es que pacientemente os aguarda, no queriendo que nadie perezca, sino que todos vengan a penitencia” (*II Pet.* 3, 1-9).

La venida del Señor debe estar siempre presente, sobre todo para los *portadores de un oficio*. Su oficio es una alusión a la manifestación del Señor, pastor supremo. “A los presbíteros que hay entre vosotros los exhorto yo, copresbítero, testigo de los sufrimientos de Cristo y participante de la gloria que ha de revelarse: Apacentad el rebaño de Dios que os ha sido confiado, no por fuerza, sino con blandura, según Dios; ni por sórdido lucro, sino con prontitud de ánimo; no como dominadores sobre la heredad, sino sirviendo de ejemplo al rebaño. Así, al aparecer el Pastor soberano, recibiréis la corona inmarcesible de la gloria” (*I Pet.* 5, 1-4).

APARTADO 9.º

LA ESPERANZA ESCATOLOGICA, CARACTERISTICA DEL CRISTIANO

La esperanza en la vuelta del Señor llena el pensamiento, la vida y toda la existencia del cristiano. Los cristianos pueden ser definidos como hombres que aman la venida del Señor (*II Tim.* 4, 8).

Son hombres de anhelos que trascienden todo lo terreno, hombres que rezan "venga a nosotros tu reino" (*Mt.* 6, 10), con el corazón y con los labios. Según el testimonio de la primera epístola a los Corintios (16, 22), del Apocalipsis de San Juan (22, 20) y de la Doctrina de los Doce Apóstoles (10, 6), la Iglesia, pueblo de Dios, se vuelve a Cristo clamando: Ven, Señor.

Según el Apocalipsis esta llamada anhelante de la Iglesia coincide con la que los santos mismos del cielo hacen al Señor en el Espíritu Santo. Esperan la revelación plena de Cristo como la esposa al esposo. También los bienaventurados tienen un anhelo, no la espera intranquila y atormentada llena de incertidumbre y riesgo, sino la sosegada perseverancia del amor, segura de la bienaventuranza. La oración celestial del Espíritu y de la Esposa llega hasta los peregrinos de la tierra: "Y el Espíritu y la Esposa dicen: Ven. Y el que escucha diga: Ven. Y el que tenga sed, venga, y el que quiera, tome gratis el agua de la vida... Dice el que testifica estas cosas: Sí, vengo pronto. Amén. Ven, Señor Jesús" (*Apoc.* 22, 17-20).

Newmann describe así el anhelo de la vuelta de Cristo (*Sermón sobre la vigilancia, en Ausgewählte Predigten, Dreves 1907*): "¿Sabéis cómo sentimos lo terrestre, sabéis lo que sentimos esperando a un amigo? Esperamos que venga y tarda; ¿sabéis lo que es estar entre una sociedad que nada le dice a uno y cómo se desea que pase el tiempo y suene la hora de volver a estar libre? ¿Sabéis lo que es estar angustiado por si ocurre o no algo que pueda ocurrir o estar en la incertidumbre sobre si ocurrirá un suceso importante, que golpea vuestro corazón? ¿Sabéis lo que es tener un amigo en un país extranjero y esperar noticias suyas y preguntarse día a día si le irá bien y qué hará ahora? ¿Sabéis lo que es convivir así la vida de un hombre tan cercano a vosotros que vuestros ojos siguen los suyos, que podéis leer en su alma, que véis cualquier cambio suyo, que os anticipáis a sus deseos, que reís con su risa y os entristecéis con su tristeza, que os acongojáis cuando está apesadumbrado y os alegráis cuando tiene éxito? Esperar a Cristo es un sentimiento como todos esos, si es que los sentimientos de este mundo pueden servir para simbolizar remotamente un sentimiento de otro mundo. Espera al Señor quien tiene un angustiado, un ardiente e intranquilo anhelo de El; quien es vigilante, vivo, de mirada amplia e incansable para buscarlo y servirle, quien lo busca en todo lo que le ocurre."

APARTADO 10.º

LA VUELTA DE CRISTO Y EL ESPIRITU SANTO

Como hemos visto antes (§ 193) al estudiar la virtud de la esperanza, sólo en la luz y fuerza del Espíritu Santo es el hombre capaz de esperar confiadamente la venida del Señor. En los sacramentos participa del estado futuro del mundo que Cristo obrará cuando venga; ya que los sacramentos le conceden la comunidad con la muerte y resurrección de Cristo. Pero esa participación espera todavía su revelación. El estado plenamente revelado empezará con la venida de Cristo. Los sacramentos son, pues, garantía de ese futuro, que incide ya en ellos incluso en este mundo caduco. El cristiano vive, por tanto, tenso entre el presente y el futuro. Tiene que soportar esa tensión sin abandonar ninguno de los polos, ni el presente ni el futuro. Viviendo de la obra pasada de Cristo en el Gólgota y en la mañana pascual configura el presente viéndolo a la luz que proyecta el futuro. Se dirige al futuro configurando el respectivo presente. La esperanza en la venida de Cristo no es, pues, huída del tiempo. Huir del tiempo sería perder el futuro, porque sería desobedecer el mandato de configurar el mundo (cfr. §§ 105, 217-18).